

Sobre Vicente Huidobro

Goy. P. / 1256

II

A diferencia de lo que ocurrió en América, en donde la esfera de influencia de Huidobro se desarrolló a través de la persona del poeta, de su gesto o vocación europea, en España, y pese a tenerse ello hoy día bastante olvidado, su obra prendió en una minoría de poetas, inflamándolos de una misma voz. Entre ellos, por su desenvolvimiento y renombre posterior, merecen destacarse Gerardo Diego y Juan Larrea.

Gerardo Diego, primer paladín de la poesía de Huidobro, debe al chileno buena parte de su formación y fama. Antes de entrar de lleno en la órbita del creacionismo, sus primeros libros aparecen a los ojos de una crítica y revisión actual faltos de carácter, desleídos, en un torpe balbuceo desorientado: "El romancero de la novia" Santander, 1920, y los inéditos "Iniciales", "Nocturnos de Chopin" y "Evasión". Por tales obras, insertas en la cola del modernismo rubeniano y con marcados tonos del por entonces primate Juan Ramón, Gerardo Diego no hubiera pasado de ser un poeta menor y quizás archivado en la memoria y en los manuales acompañando a Emilio Carrere. Pero ya en "Limo" (inédito, 1919-21), "Imagen" (Madrid, 1922) y "Versos 2 Humanos" (1918 a 1925), se comienza a perfilar, aunque con demasiada influencia de Huidobro, ese poeta cuajado de "Manual de Espumas" (Madrid, 1924). Todavía perdura en esta obra, aunque más diluido, un mundo de pura voz creacionista, en el que la influencia de Huidobro es, a veces, exageradamente palpable. Compárese el comienzo del poema de Huidobro "Tour Eiffel":

Tour Eiffel
guitarra de cielo.

con el de Gerardo "Cuadro":

El mantel
jirón del cielo.

Mas, a pesar de ese mundo común y de esa temática influida una especie de rigidez poética —mecanicismo, en boca de Anguita—, aleja poco a poco a Gerardo Diego del creacionismo de Huidobro. El santanderino regresa, posteriormente, a una línea poética más clásica, en la que, pese a su atenuación creacionista de los años veinte, pueden toda-



vía encontrarse, como en "Alondra de Verdad", reminiscencias de su "Manual".

Juan Larrea, al que el poeta mejicano Germán List Arzubide considera, exageradamente, el poeta más grande de España en este siglo, es otro caso. En su poesía el creacionismo se recrea (valga la redundancia) por la fuerza y la plasticidad casi fotográfica de las imágenes poéticas. Durante su residencia de cuatro años en París tuvo ocasión de frecuentar la casa y la amistad de Huidobro, y el cálido verbo de éste despertó en él una incontenible vocación lírica. Fundó, más tarde la revista "Favorables París Poema", que sólo vio dos números, con el inolvidable César Vallejo. Su poesía se desarrolló firmemente dentro de la línea creacionista más pura. Las colaboraciones en la revista "Car-

mén" nos muestran el avance de su lírica, culminando con la publicación del libro "Oscuro Dominio". Su verdadera personal obra poética de vanguardia, a la que no perjudica la presencia de intensos tonos de sabor clásico, así como la fidelidad al patrón cortado por Huidobro, hacen de él auténtico producto de su época, de su escuela y de su vocación.

LOS DOS CHILENOS

Las palabras anteriormente recogidas de Gerardo Diego al saludar la llegada a España de Huidobro en 1918, recuerdan a las que años más tarde, había de pronunciar García Lorca en ocasión de presentar a Neruda en la Universidad Central. En ambos casos la figura fue comparada a Rubén.

Vicente Huidobro y Pablo Neruda, separados por la edad y por el estilo, mas no por la actualidad y vigencia de sus voces, nos llegaron rodeados de la misma aureola de genialidad e innovación. Entraba, pues, dentro de lo previsible, que tanto en España como en América —y en Chile por descontentado— surgieran entre los partidarios de uno y otro poeta opiniones y controversias

recabando la paternidad y primacía de la poesía americana contemporánea. En tal río revuelto no faltaron incluso intentos de hacer llegar a los poetas mismos ese rencor recíproco que sus partidarios se profesaban. Mas tal maniobra falló. La oposición que entre ambos se había creado ha ido desapareciendo cuando los años y la serenidad se han impuesto. Como Luis Abelto Sánchez señala acertadamente, el intento de parangonarlos es absurdo, puesto que se trata de dos poetas diametralmente opuestos. Pablo Nerura es un instintivo, un ebrio de la lírica. Siente el suelo y la sangre de América con un acento desbordado y genial. Por su vida y por su obra es un auténtico poeta americano, que trata de reivindicar los valores autóctonos y precolombinos, los destellos de un continente virgen que canta en toda su geografía, en su flora y en su fauna. Sus versos nos comunican el sabor del salitre y de la madera natal. El, como César Vallejo, ha traído hasta nosotros la poesía de una América pura y derrochada, sin amañamientos ni exotismos. Nefatali Reyes es un fenómeno telúrico del Nuevo Continente, sin discusión de ideologías o creencias.

Vicente Huidobro, en cambio es un poeta universal. La formación que recibió en París le hizo escribir siempre sometido a una lógica, a un canon preconcebido por él mismo. Este mundo delirante, este caos buscado de propósito no desvió en un ápice su frialdad inicial; antes bien, como se ha dicho, al hacerse cada vez más consciente, le diluyó en una intelectualización poética sin salida. Una hermosa pirueta, con trágico salto en el vacío. Su educación europea, su vasta cultura, su carácter analítico: todo confluyó en V. Huidobro para desfigurar su nacionalidad, su origen racial, su fantasía. Huidobro será, como poeta, un europeo siempre.

José Agustín Goytisolo